Sr. Lic. D. Salvador Falla.

La Revista

Organo de la Academia Guatemalteca, correspondiente de la
ACADEMIA ESPAÑOLA

Tomo III GUATEMALA, 1o. DE OCTUBRE DE 1890. Núm. 10

SUMARIO

	Página
OFICIOS RELATIVOS AL NOMBRAMIENTO DE UN ACADEMICO	441
VIAJES POR ESPAÑA, A. Gómez Carrillo	442
PROVINCIALISMOS, Antonio Batres Jáuregui	447
PREFACIO DEL DICCIONARIO DE LITTRE	450
LAS ALMAS DEL PURGATORIO, Manuel Echeverria	452

GUATEMALA:
Tipografía y Encuadernación "EL MODELO," Calle del Hospital No. 29
1890.

ROSENTHAL E HIJOS.

Calle Oriente, Frente al Sagrario
Sucursal: Portal del Comercio.

Gran surtido de Artículos de Fantasía, Pianos, Muebles, Espejos, Papel de entapizar, Ropa interior, Ferretería, Escribanías, Objetos de tocador, Perfumería y todas las últimas novedades de Europa y Estados Unidos, tanto para adornos en general como para regalos de señoras y caballeros.

DE TAMAÑO PEQUEÑO

PERO DE

RESULTADOS GRANDES

TÓMENSE LAS

Pildoritas Vegetales

DE HOBB,

PARA EL

HIGADO

Y EL

ESTOMAGO

Se consigue la digestion más perfecta con el uso de Las Pildoritas Vegetales de Hobb. Este remedio maravilloso cura Dolor de Cabeza, Dispepsia, Indigestion, y todas las enfermedades del Hígado y del Estómago.

Los siguientes síntomas resultan de las enfermedades de los órganos digestivos.

Constipación, Dolor de Cabeza Almorranas, Cardialgia, Mal Sabor, Nausea, Estómago Pesado, Lengua Sarrosa, Cútis Amarillo, Dolor de Costado, etc. Las Pildoritas Vegetales de Hobb librarán el sistema de estos y otros muchos desarreglos.

Son pequeñas, cubiertas de azúcar, y por lo mismo es fácil tomarlas. Una sola pildorita basta para la dósis. Son puramente Vegetales.

De venta en las principales Droguerías y Boticas.

HOBB'S MEDICINE CO., Fabricantes,
San Francisco, Cal., U. S. A.

De venta en Guatemala en la

FARMACIA "GRAN CENTRO."

E. GOUBAUD,

Libreria, Papeleria

— Y —

Merceria.

CASA DE CONFIANZA.

"HISTORIA DE UN PEPE"

Primera publicacion de esta Novela de Costumbres

por

SALOME JIL
(Don José Milla).

Octavo, 362 páginas, empastado

Precio: $ 2.00 ejemplar

De venta en la Tipografía "El Modelo."

EDUARDO LAUGIER,

AGENTE SOLICITADOR

DE LA

New York Life Insurance Co.,

9a. Avenida Norte No. 30,

GUATEMALA, C. A.

El Gran Linimento del Dr. Hobb

PARA USO INTERIOR Y EXTERIOR.

Esta medicina afamada es sin duda el descubrimiento más maravilloso que en el mundo se conoce.

EL SELLO DORADO ó la SÉPTIMA MARAVILLA cura prontamente las siguientes enfermedades: **Dolor de Cabeza, Neuralgia, Dolor de Muelas, Cólico y Dolor de Estómago, de Costado y de los Muslos, Reumatismo, Cólera Morbo, Diarrea, Flujo, Torceduras, Contorsiones, Heridas, Quemaduras, Picaduras de Insectos, Mordeduras de Serpientes Venenosas, etc.**

Las curas se efectuan casi instantáneamente, como por encanto.

De venta en las principales Droguerías y Boticas.

HOBB'S MEDICINE CO., Fabricantes,
San Francisco, Cal., U. S. A.

De venta en Guatemala en la

FARMACIA "GRAN CENTRO."

La Revista

Organo de la Academia Guatemalteca, correspondiente de la

ACADEMIA ESPAÑOLA

Tomo III — GUATEMALA, 1o. DE OCTUBRE DE 1890. — Núm. 10

LA REVISTA

se publica los días 1 y 16 de cada mes.

Subscripción al año, $3.00.

Números sueltos, 1 real.

Anuncios, á precios convencionales.

Administrador:

BALDOMERO G. SIGUERE,

Gerente de "El Modelo," No. 29, 10a. Calle Poniente, á quien debe dirigirse toda comunicación referente á la administración de "La Revista."

Se venden números sueltos en el "Emporio de Luz."

OFICIOS RELATIVOS al nombramiento de un académico.

Academia Guatemalteca correspondiente de la Real Española.

Guatemala: 2 de septiembre de 1890.

Señor:

Me es grato comunicar á Ud. que esta Corporación, en junta celebrada el 28 del mes último, nombró á Ud. individuo de número de la Academia Guatemalteca, correspondiente de la Real Española, en atención á la reconocida aptitud de Ud. y al amor que profesa á las bellas letras, como lo demuestran sus importantes producciones literarias.

Al hacer dicho nombramiento unánime, se ha complacido la Academia en la esperanza de que Ud. le prestará un valioso contingente, cooperando con su nombre y con sus luces al sostenimiento de esta Corporación.

Con muestras de especial estima saluda á Ud. su muy atento servidor,

El Secretario,
ANTONIO BATRES.

Guatemala: septiembre 9 de 1890.

Señor Secretario de la Academia Guatemalteca, correspondiente de la Real Academia Española.

Señor:

Con viva sorpresa tuve la honra de recibir el muy estimable oficio de Ud., en que se sirve comunicarme que esa Corporación, en junta celebrada el veintiocho del mes anterior y por unanimidad, tuvo á bien nombrarme individuo de número de la Academia Guatemalteca, correspondiente de la Real Española.

Dedicado á la agricultura y á las modestas atenciones del hogar, profeso, sin embargo, ferviente amor á las letras, como aquel que, sin comprenderlas, admira las bellezas del arte.

Acepto, no obstante, con gratitud, el nombramiento, en la confianza de que los méritos de los señores Académicos no dejarán sentir la falta completa de los míos.

Muy feliz me consideraré si, á pesar de mi ineptitud, puedo ser útil á una de las

más simpáticas y dignas Corporaciones de la República.

Dígnese Ud., señor Secretario, expresar estos sentimientos á la Academia Guatemalteca, y aceptar la distinguida consideración y singular aprecio de su atento S. S.

X. VALENZUELA.

RECUERDOS
de un Viaje por España.

(Continuación)

Al mencionar los institutos que ayudan á la robustez de la vida de la inteligencia en España, se ofrece en primer término la Academia Española, fundada en 1713, por iniciativa del marqués de Villena, bajo los auspicios de Felipe V. Tiene por objeto el estudio de la lengua y la publicación de libros clásicos; compónese de treinta y seis académicos de número, domiciliados en Madrid, además de los socios correspondientes, españoles y extranjeros, cuyo número es indeterminado, y celebra juntas una vez por semana. Hombres ilustres en las ciencias y en las letras figuran hoy en ese importante centro, tales como Cánovas del Castillo, Castelar, Menéndez Pelayo, Tamayo y Baus, Campoamor, Valera, Núñez de Arce, Alarcón, Pidal y Mon, etc., etc. En casi todas las repúblicas de la América española se han establecido Academias correspondientes de aquélla; la de Guatemala se inauguró en marzo de 1888, con socios nombrados en su mayor parte desde el año anterior.

Existe también en Madrid la Academia de la Historia, que fue creada en 1738, por cédula de Felipe V; y la han ennoblecido en todos tiempos, sujetos de gran valía, como Campomanes, Jovellanos, Seijas Lozano y otros que ya han pasado á mejor vida. Hoy están allí Menéndez Pelayo, Colmeiro (D. Manuel), Cánovas, Madrazo, Balaguer, Fernández Duro (D. Cesáreo), Cañete, etc. Posee una preciosa biblioteca de impresos y manuscritos, y un gabinete de antigüedades.

Tiene también derecho á ser citada la Academia Matritense de Jurisprudencia y Legislación, que desde 1763 comenzó á funcionar, aunque con diverso nombre, y que en 1826 se constituyó con el que hoy lleva. El gobierno le pasa frecuentemente asuntos en consulta, y la ha autorizado para expedir certificaciones de práctica forense. Notables jurisconsultos ha tenido ese centro, como Floridablanca, Campomanes, Covarrubias, etc. En 1887 expidió un acuerdo, con el objeto de establecer una Academia correspondiente en Guatemala, honrando con títulos de socios á varias personas de esta capital para componer la corporación guatemalteca de esa índole; pero hasta hoy no se han reunido aún los individuos nombrados con tal fin.

Hay otras Academias, como la de Bellas Artes de San Fernando,

destinada á promover el estudio y progreso de la pintura, escultura, arquitectura y música. Es bien sabido que en el primero de esos ramos descuellan positivamente en Europa los españoles : los cuadros de España, antiguos y modernos, son del más alto precio. Nació esa Academia en 1752, y ha producido siempre los más sazonados frutos.

No sólo en Madrid, sino en otros puntos de España, existen corporaciones encargadas de proteger las ciencias, las letras y las artes ; y en cada capital de provincia hay además un instituto denominado Sociedad Económica, para el fomento de la agricultura y otras industrias. La fundación de la Económica Matritense data desde 1775. Veinte años después, estableciose en Guatemala, á semejanza de aquélla, nuestra inolvidable Sociedad Económica, suprimida no hace mucho, y que tan gratos recuerdos dejó en este país por su empeño desinteresado en contribuir al progreso de la patria en materia de industria, dibujo, pintura, escultura y otros ramos.

A la Sociedad Económica de Madrid se debe el establecimiento del Ateneo, que aquélla promovió en 1835, y que ha venido sirviendo de estímulo poderoso á la juventud para empeñarse en nobles luchas en el campo científico y en el terreno literario. Visité repetidas veces el Ateneo, merced á la tarjeta de introducción que me proporcionó el estimable brigadier D. Luis de Cubas. Encontrábase entonces ese centro en la calle de la Montera, número 22; hoy está en el nuevo edificio de su propiedad, levantado expresamente al efecto en la calle del Prado.

No era posible que, hallándome en la coronada villa, y estando allí D. Emilio Castelar, me privara de la honrosa satisfacción de conocer al ilustre orador, cuyo merecido crédito es del dominio de todo el mundo culto.

Provisto de una exprésiva carta de recomendación, que debí á la caballerosidad de D. Martín de Olías, director del importante periódico republicano "El Globo," me dirigí un domingo del mes de junio, á eso de las diez de la mañana, á casa del Sr. Castelar, calle de Serrano, número 28, y tuve la buena suerte de encontrarlo.

Subí la escalera hasta el piso principal, y el lacayo que abrió la puerta me pidió mi tarjeta, y me introdujo en un pequeño salón, sencillamente decorado ; tres ó cuatro minutos después penetró en la estancia D. Emilio, quien dándome la mano con aire complaciente, me dijo : "Tengo mucho gusto de ver á Ud.; hágame Ud. el obsequio de venir por acá, estará Ud. mejor en otro lugar ;" y me llevó á una pieza bien adornada, aunque tampoco muy amplia. Colocóse en una silla al lado de una mesa, y me señaló un sofá, para que me sirviera de asiento. Por lo pronto le

expresé el ardiente deseo que, desde mi llegada á la Península, abrigaba de hacerle una visita, añadiéndole algunas palabras sobre el entusiasmo que su bien ganada reputación despierta entre los guatemaltecos. Me dió las gracias, me dijo que conocía á varias personas de Guatemala que en anteriores años lo habían visitado, manifestándome que los hispano-americanos eran muy benévolos para con él; preguntóme por su compatriota D. Valero Pujol; y después de indicarme que no perdía la esperanza de recorrer los países de América, donde con tantos amigos contaba, me habló largamente sobre su reciente discurso de Alcira, comentado en un sentido ú otro por periódicos de diversas nacionalidades.

Contemplaba yo, con admiración mezclada de respeto, su agradable y simpática figura; fijábame en sus meridionales ojos, en los que brilla la chispa de la inteligencia; observaba su frente, caldeada por el sol de la meditación, y su esférica cabeza, que tanto bueno, tanto grande ha producido, y no perdía uno solo de sus movimientos.

Expresábase con tal sencillez el eminente tribuno, y me inspiraba tal confianza por su galante afabilidad, que, sin sentirme agobiado bajo el peso de la ceremoniosa etiqueta, experimentando más bien cierto natural desahogo, en vez de la tortura que suele acompañar á quien está delante de un sujeto de alta talla, respondía yo sin obstáculo á las preguntas que se dignaba de hacerme sobre mi país y sobre los demás de la América española. No hubo, pues, en mí el escrupuloso cuidado de la exterioridad, que pudiera haberme entorpecido en aquellos momentos, y disfruté á mi sabor del ameno trato del republicano distinguido que ha sabido remontarse con vuelo majestuoso á las mayores alturas, y abarcar desde allí lo que sólo un genio superior es capaz de descubrir.

Es de estatura regular D. Emilio, y tendría entonces unos cuarenta y cinto años de edad; el color negro de su poblado bigote formaba agradable contraste con el blanco cutis de su cara; su frente es espaciosa, y lo parece más por la calvicie; pero no percibí en él una sola cana; sus negros ojos, más bien grandes que pequeños, poseen cierta expresión de dulzura, que cautiva y seduce.

No hay para que añadir que no leyó delante de mí la carta que le presenté de su amigo D. Martín de Olías; púsola sobre la mesa, y me dijo, con hidalga amabilidad, que no necesitaba yo de recomendaciones para que él me atendiese, y que esperaba que no sería esa la única vez que le diera yo el placer de verme.

Después de unos tres cuartos de hora de conversación, me levanté ofreciéndole mis respetos, y me acompañó, como es costumbre en tales casos, hasta el principio de la

escalera, en la que, al despedirme de él, me dijo que tuviera su modesta casa como una segunda casa, y que me aguardaba en ella los martes y viernes, á las ocho y media de la noche, para que formara yo parte de la reunión de amigos que en esos días pasan con él un rato.

Me retiré muy satisfecho de haber estrechado la mano de un hombre que por su incomparable elocuencia y noble carácter disfruta de generales simpatías y de universal aplauso.

La prensa periódica ha alcanzado bastante desarrollo en aquel país; se escribe mucho y bien, con erudición y chispa: lástima que los escritores no estén mejor retribuidos, y que en vez de tanta política como absorbe las columnas de los diarios, no se dé la preferencia á los asuntos administrativos, principalmente á los del orden económico. Hay en Madrid muchas publicaciones diarias, y en ellas se habla y discute con bastante libertad; la polémica, en lo pequeño y en lo grande, se maneja con maestría, y es raro ver que algún periodista se extralimite olvidándose del decoro y descendiendo á las personalidades: no hay ausencia de cultura en los que escriben para el público: la fina educación acompaña al talento en tan nobles tareas.

Todos los partidos políticos tienen allá su representación en la prensa: el conservador y el liberal, sean de matiz monárquico ó republicano; todos confieren su mandato á los escritores que más autorizados estiman para la defensa de sus respectivos intereses. El público madrileño lee mucho, y hasta los porteros y cocheros compran "El Imparcial" y la "Correspondencia de España," que son quizá los diarios de más circulación en Madrid.

Crecido es el número de los jóvenes que al terminar la carrera de abogados ó de médicos, se entregan al periodismo, buscando en él un medio de vivir, porque sus profesiones, abrazadas por tantos y tantos, no á todos proporcionan recursos para la existencia, aun cuando en España se padeciese epidemia de calenturas y de otras enfermedades y epidemia de contiendas forenses; aunque así fuese, no se podría dar abasto á todos los hombres más ó menos ilustrados y ávidos de trabajo; y sin embargo, el periodismo solo ofrece lucro y posición desahogada á los que sobresalen en el difícil arte de escribir ó cuentan con poderosos padrinos; los demás, á pesar de sus luces y aptitudes, tienen que contentarse con un corto estipendio, que apenas si les permite sostenerse penosamente, y están obligados á pasar largas horas del día inclinados sobre la mesa de redacción y corrección de pruebas en la oficina de un diario.

La mujer española es notable en lo físico y en lo moral, y digna del mayor elogio; su firmeza en el amor,

su abnegación y todas sus demás cualidades la rodean de respeto y prestigio. Para que mis lectores gradúen su mérito, reproduzco las siguientes líneas, tomadas de la obra que sobre la última guerra civil publicó el capitán de infantería don Agustín Fernando de la Serna.

"Es verdaderamente conmovedor y admirable (dice aquel militar) el espectáculo que en estos calamitosos tiempos está dando al mundo la mujer española! En Madrid y en provincias, en ciudades y aldeas, la noble dama y la humilde mujer del pueblo, unidas por el estrecho sacratísimo lazo de la caridad, trabajan incesantemente para aliviar la suerte del desgraciado que cae herido en esta infame fratricida lucha. Donde se exhala un suspiro, se lanza un ¡ay! ó se derrama una lágrima, allí está la mujer española, ángel de consuelo que gira al rededor del paciente, con la sonrisa de la bondad en los labios, con el amor de la caridad en el pecho y en los ojos. Donde el hambre, la muerte y la amargura quieren sentar su solio, aparece ella radiante, sublime, rodeada su frente de brillante aureola, y anté su vista se detienen con vergüenza y terror la muerte, el hambre y la pena, porque ella es el iris de purísimos colores que marca en el cielo de los desgraciados el término de los pesares."

Estos rápidos apuntes, ampliación de las notas de una cartera de viaje, no siempre guardan el mutuo enlace que sería de desear. No se extrañará, pues, que vaya trazando á veces, unos en pos de otros, rasgos poco afines entre sí.

Como llevo dicho, llegué á Madrid en los días en que se festejaba el segundo centenario de Calderón de la Barca, y habían acudido á la capital más de sesenta mil forasteros de las diversas provincias del reino: apenas se podía transitar por las calles: todo era animación y bullicio, para conmemorar de un modo digno el nacimiento de aquella gran figura literaria, del gran poeta que á la edad de catorce años compuso su primera pieza para el teatro, y cuyo fecundo genio le permitió forjar unas mil composiciones, dejando en ellas la luminosa estela de su imaginación admirable y de su raro talento para atar y desatar las intrigas que formaban el fondo de sus trabajos dramáticos.

Con tal motivo, se efectuaron sesiones públicas en los institutos literarios; adjudicáronse premios obtenidos en certámenes, etc., etc.; y se celebró una procesión histórica, la más notable entre las fiestas populares; hubo en ella ocho heraldos á caballo, cien pajes con sus estandartes, y multitud de carrozas alegóricas en representación de la prensa, de la marina, del cuerpo de ingenieros, del ayuntamiento, de la diputación provincial, etc., etc.

En los teatros de Madrid se pusieron en escena comedias y otras obras dramáticas de aquel escritor inmortal. Por todas partes se escuchaban vítores, salvas de artillería y estampidos de cohetes que surcaban los aires. Diéronse magníficos conciertos, entre otros uno en el jardín del Buen Retiro, en el que dos bandas de música militar y la orquesta de bandurrias ejecutaron trozos de las óperas Pelayo y Atila, mazurkas, valses, aires nacionales y otras piezas.

Con ocasión de tan fausta solemnidad, en la que contemplé los elementos de vida desplegados para enaltecer la memoria de un hombre de genio, se hizo en la Platería de Martínez una exposición particular: la del arte retrospectivo; presentándose en ese certamen las huellas de la España del pasado, de las que era lógico deducir consideraciones acerca de la España del presente.

Allí estaban las espadas de insignes caudillos, las corazas de bravos capitanes, los muebles suntuosos que decoraron en otras épocas la estancia fastuosa del magnate.

"En los tiempos en que aquellas espadas dictaron leyes y establecieron derechos, (dijo el periódico "El Imparcial") apenas aparecía personalidad que pudiera sobreponerse á la del campeón que las manejaba. Hoy, el más humilde labriego de la más apartada región de España, que en unas cuantas horas atraviesa, conducido por el ferro-carril, la distancia que separa á su pueblo de la capital de la nación; hoy el elector, que en las urnas puede hacer uso de su derecho, tiene tanta participación en la vida pública de su patria como en otras edades el más encopetado señor, y mucho más poder que un duque de Alba, que un Gonzalo de Córdoba, que un gran capitán de otros tiempos; porque estos últimos no pudieron servirse del vapor, ni alumbrarse con el gas, ni iluminar con la luz eléctrica sus grandes solemnidades, ni transmitir sus pensamientos por medio del telégrafo, ni difundir con la imprenta sus ideas, ni vivir por el derecho electoral íntimamente ligados á las decisiones de la vida pública de su país."

Buena suerte tuve al encontrarme en Madrid en los días de esas fiestas, para disfrutar de tales regocijos, y contemplar vestida de gala, risueña y alegre, á la culta metrópoli de la hidalga nación española.

[Se continuará]

Guatemala: 2 de septiembre de 1890.

A. Gomez Carrillo.

COLECCION

de voces y locuciones viciosas y provinciales, que se usan en Guatemala, escrita en orden alfabético por

ANTONIO BATRES JÁUREGUI.

O.

Obsequiar.

Ni en los clásicos, ni en los diccionarios de la lengua encontramos *obsequiar* como activo, por *regalar*.

Es, pues, un americanismo el uso de *obsequiar*, dándole acusativo de cosa en vez de persona, como cuando decimos: "Juan *me obsequió* un retrato;" "Este libro *me fue obsequiado* por mi tío."

Obsequiar, dice el diccionario, es agasajar á uno *con* atenciones, servicios ó regalos, y galantear.

Debería, pues, decirse: "Juan me *obsequió con* un retrato;" "Este libro es una dádiva *con* la cual me *obsequió* mi tio."

Oceano.

La Academia Española escribe *océano*. Bello dice que, si bien es lícito á los poetas cargar el acento en la *a* según la práctica menos autorizada, no se tolera ni en prosa ni en verso, pronunciar *occeano* ú *occéano*, con dos *cc*.

Don Valentín Gormaz, en sus *correcciones lexigráficas*, apunta que *occeano* no existe.

Baralt y Gómez Hermosilla pronuncian y escriben *occéano*, con dos *cc*.

Covarrubias en el *Tesoro de la lengua castellana*, dice *oceáno*, con una *c* y el acento en la *a*.

Cuervo enseña que es *océano*: voz de cuatro sílabas: que en verso es muy común hacerla grave; pero siempre con ese número de sílabas: y que es un disparate mayor de marca pronunciar *occéano*.

Por último, copiaremos las palabras del filólogo chileno Rodríguez, que asegura: andar muy divididas las opiniones; y que si bien hay motivo para inclinarse al parecer de la Academia, no lo hay para decir, como el señor Cuervo en sus *Apuntaciones*, que es un disparate mayor de marca pronunciar *occéano*, con dos *cc*."

Oçceno.

Así pronuncian muchos, que por cierto no pertenecen al vulgo, cambiando la *b* de *obceno* en *c*, como hacen también con la palabra *observar* cuando dicen *ocservar;* pero no gustan de la *c*, los que pronuncian *efepto*, *direpto*, *repto*, por *efecto*, *directo*, *recto;* y eso que si la cosa apura más, dicen *efeuto*, *direuto*, *reuto*.

Otros prefieren la *c*, y la encajan en *concecto*, *prececto*, *recección*, en vez de *concepto*, *precepto*, *recepción*.

Va uno por lo otro, en virtud de que el orden de los factores no altera el producto, como opinaba aquel que ponía al fin de sus cartas muchos signos de puntuación, . ; ? . . , , , ! ! etc., etc., para que el que leyese los colocara en donde más le pluguiera, y así no faltara nada de lo necesario.

Ocote.

Es el nombre que todos dan aquí á las astillas resinosas del pino, que se inflaman con facilidad y mantienen la llama durante largo tiempo. Ese nombre es de origen mejicano, *ocotl*, raja de pino. La gente muy pobre de los campos, se alumbra con esas astillas, y las mujeres que venden *tamales*, *batido* y buñuelos, en las plazas, durante la Pascua, ó en otras ocasiones, ponen sobre un trípode el *ocote* encendido para producir luz. Llaman *rumbo de ocote*, á esos bailes de candil, en que la jarana pasa entre gente de mala barata.

Don José Milla usa de la palabra *ocote* en su cuadro de costumbres intitulado "El Torcido," en los siguientes términos: "Vista la pertinacia de la suerte que se empeñaba en mantenerlo atado al potro de la vida, Próspero se resignó y resolvió á dedicarse á propagar las luces, estableciendo una fábrica de fósforos sui géneris, hechos de astillas de *ocote* untadas de azufre, etc."

"Se le apagó el *ocote*," dicen del que pierde el espíritu ó los alientos en cualquier empresa.

Ocuparse de.

Cuando *ocuparse* significa dedicarse á algún trabajo ú oficio, se debe usar de la preposición *en* y no *de*, v. g., "Debiéndose á Cristóbal de Olid y á Pedro de Al-

varado esta primera hostilidad de agotar las fuentes de México y dejar á los sitiados en la penosa tarea de buscar el agua en los ríos que bajaban de los montes, y en precisa necesidad de *ocupar* su gente y sus canoas *en* la conducción y en los convoyes."

Cuando *ocuparse* significa, en sentido translaticio, poner la consideración en algún asunto, úsese *en* y no *de;* por ejemplo, cuando en el prólogo de las "Cuestiones Filológicas" dice don Antonio J. de Irisarri: "En este tomo primero no se contienen sino algunas de las cuestiones filológicas *en* que me he *ocupado*, etc."

Si *ocupar* se tomare por *llenar*, se hace preciso el uso del *de*, como en las siguientes frases: "El teatro se ocupó de bote en bote;" "El palacio se ocupó de soldados;" "Ocupóse la plaza de gente armada al oir los clarines."

Por ende, cuando en sentido figurado, se use el verbo *ocupar* por *llenar* la mente, el corazón ó el ánimo, empléese el *de*, como lo hizo Quintana, cuando dijo: "Pizarro, ó dejándose *ocupar de* un sentimiento de flaqueza que ni antes ni después se conoció en él, ó arrastrado de una impaciencia que no es fácil disculpar, le contestó ásperamente."

Por último haremos nota, á fin de que muchos de nuestros compatriotas eviten la locución viciosa en que frecuentemente incurren, que *ocuparse* no se puede usar, siguiendo la autorizada opinión de Cuervo, por *tratar*, *hablar* (de un asunto) *discurrir* ó escribir (sobre él). Así, en vez de decir: "Nos estábamos *ocupando de* usted, cuando entró;" dígase: "*hablando de usted, pensando en usted.*"

Oidas.

Dice Bello que cuando la terminación *er* ó *ir* del infinitivo es precedida de vocal, hay varias formas y derivados verbales que los americanos acostumbran acentuar de un modo anómalo y bárbaro; por ejemplo, *yo óia*, *óidas*, yo *cáia*, *cáidas*, en vez de yo *oía*, *oídas*, yo *caía*, *caídas*. Al mismo tenor mencionaremos: *créible*, *tráida*, *descréido*, que deben pronunciarse *creíble*, *traída*, *descreído*.

En las composiciones de la mayor parte de los poetas americanos se halla frecuentemente violada la regla prosódica de que los infinitivos se pronuncian con apoyatura ó acento sobre la última vocal. El himno patriótico de Buenos Aires principia por esta línea: "*Oid*, *mortales*, *el grito sagrado*," donde, para que haya verso, es necesario pronunciar *óid*. Es lástima encontrar un defecto tan grave en una composición de tanto mérito.

Ojalatero.

Dados á los neologismos, por bárbaros que sean, no tiene nada de extraño que llamen por acá *ojalateros* á los que desean algo ó tienen gana de que suceda alguna cosa. Sin duda porque andan diciendo ¡ *Ojalá* que acontezca tal suceso! ¡ *Ojalá* que se verifique tal acontecimiento!

Hojalatero, con *h*, ya sabemos que es el que trabaja en hojalata.

Ojear.

En casi toda la América latina llaman *ojear* ó hacer mal de ojo, al acto de causar daño á los niños ó á las personas adultas mirándolas fijamente.

No vamos nosotros á inquirir si sea ésta una superstición ó abusión, como dicen en Chile; ni menos vamos á averiguar si tal brujería tuvo origen entre los indios de América ó si vino de la antigua Europa; que tanto importa el saber si las bubas las trajeron al Nuevo Mundo ó las llevaron de él los conquistadores, como con calor han discutido algunos sabios.

Diremos solamente, y es lo que cumple á nuestro propósito, que el diccionario trae *aojar*, por hacer mal de ojo, y no

ojear. También Tirso, Ochoa y otros escritores usan *aojar*, si bien debe de ser originario de España nuestro *ojear*, porque se halla en el 2o. romance de Iglesias.

Ojo de venado.

En español conocemos "*ojo de buey*," "*ojo de pollo*," "*ojo de gato*," "*ojo de perdiz*," etc.; pero el *ojo de venado* es peculiar de América, y le llaman también en Venezuela y Puerto Rico *ojo de borrica*, *ojo de samuro* (mucuna altissima.) En la curiosa obra "El Médico Botánico Criollo," por D. Renato de Grosourdy, se dice: "Los ojos de samuro tienen mucha fama para quitar las almorranas y se tienen por remedio santo contra esa enfermedad, no sólo en las Antillas y Costa Firme, sino también en las Indias Orientales y en California. Para libertarse de tan molesta enfermedad, basta llevar algunas semillas de esas en la faltriquera del pantalón ó un rosario de las mismas, á manera de cinto, y no tardan en desaparecer para siempre." (Tomo 1o. pág. 229)

Onde.

Así dicen muchos de los que quieren abreviar, corrompiendo las palabras.

"*¿ Onde* va usté con *tuel* pisto de la *cape* coro? *¿ pa quiso* eso? Salga *pajuera*, ó es *pa pior*."

(¿ A donde va usted con todo el dinero de la capa de coro? ¿ para qué hizo eso? Salga para afuera, ó es para peor.

Opimo.

Todos dicen por acá *ópimo*, haciendo esdrújula esta voz, que se deriva de la latina *opímus*, y que, en consecuencia, es *opímo*. Hay, dice el erudito don Pedro Felipe Monlau, un *neologismo fonético*, ó de pronunciación, que desprecia los fundamentos de nuestra prosodia, y quebranta con todo el descaro de la incipiencia, las leyes generales de la acentuación castellana, reflejo casi siempre de la latina. Este neologismo prosódico es el que nos hace ya pronunciar *fárrago*, *médula*, y si Dios y los eruditos no lo remedian, acabará por hacernos decir *cólega*, *cónclave*, *expédito*, *intérvalo*, *méndigo*, *ópimo*, *périto y téstigo*." El último Diccionario de la Academia Española, 12a. edición, admite las dos acentuaciones en *cíclope*, *conclave*, *égida*, *fárrago*, *medula*, *orgía*, *pabilo*, *parásito*, *presago*.

PREFACIO
DEL DICCIONARIO DE LITTRÉ

Traducido para La Revista.

[Concluye].

III. A la forma de la palabra se unirán estrechamente las reglas de *permutación de las letras*. No toda forma de una palabra depende de esas reglas; pero toda permutación influye en la forma. Se entiende por reglas de permutación el modo uniforme según el cual cada una de las lenguas romanas modifica una misma palabra latina. No se crea que esas lenguas traten caprichosamente las combinaciones latinas de las letras, y que la misma combinación tenga cada una de ellas, tan pronto de una como de otra manera. No, ahí también la regularidad es grande y es la primera de las excepciones. Cada lengua romana tuvo, en su origen, su eufonía propia, instintiva, espontánea, que le impuso las permutaciones de letras, y que hizo que tal grupo de letras en latín fuese uniformemente trasladado, en los casos más variados, por tal grupo de letras en romano. El latín *maturus*, en italiano, *maturo;* en español *maduro*, en provenzal, *maduo;* en francés, *meur*, y, por contracción *mûr*. Este pequeño cuadro ó diagrama muestra cómo una misma pala-

bra puede ser tratada por cada una de las cuatro lenguas: el italiano es también análogo al latín; el español cambia la consonante intermediaria; el provenzal la cambia también y suprime la final; el francés, que igualmente suprime esa final, suprime además la consonante media. Suprimir las consonantes medias de las palabras latinas, es uno de los caracteres específicos del francés, por relación á las otras lenguas romanas, y es lo que más le separa en apariencia, no en el fondo, del latín.

Se puede, respecto del francés, citar entre otras, las prácticas ó reglas siguientes: en general, en el cuerpo de la palabra, las sílabas no acentuadas prosódicamente, se suprimen, de donde resulta una contracción de la palabra latina, como en *sollicitase*, soulcier (*soucier*); *ministerium*, mestier (*metier*); *monasterium*, moustier (*montier*): *cogitare*, cuider; *cupiditare*, palabra del bajo latín, convoiter; *æstimare*, esmer, etc. Frecuentemente sucede que una consonante se suprime, lo que produce la aproximación de las vocales, que nuestros abuelos parecen haber querido: *securus*, seür (*sûr*); *maturus*, meür (*mûr*); *regina*, reine (*reine*); *adorare*, aorer (*adorer*); *fidelis*, feul; *legalis*, loyal, etc. En fin, cuando dos consonantes son consecutivas en el latín, el francés tiene dos modos de tratarlas: ó bien suprime una, *adversarius*, aversaire (la *d* ha aparecido en el francés moderno), *advocatus*, avoué, etc.; ó bien una de ellas se funde con la vocal antecedente, para modificar su sonido: *alter*, autre; *altar*, autier, hoy autel, etc. La parte inicial de la palabra es en general respetada por el francés, salvo un solo caso, aquel en que la palabra comienza por una *s* seguida de otra consonante; entonces el francés, que encuentra penosa esa articulación, la facilita por una *e* prostética: *scribere*, escrire (*écrire*); *species*, espéce; *stringere*, estreindre (*étreindre*); *spinus*, espois (épais), etc. Se comprende que las palabras tales como *statue*, *special*, etc., no son sino excepciones aparentes: la antigua lengua ha dicho *especial* y había dicho *estatue*. Por lo demás, el francés conserva esa parte inicial tal como el latín la da; no pueden ya mencionarse sino muy raras excepciones, como la adición de la g en *g-renouille*, que viene de *ranuncula;* el cambio de *t* en *c*, en *craindre*, que viene de *tremere*. Sobre todo, nuestra lengua no tiene esas supresiones, que son frecuentes en el italiano, como *rena* por arena, le sable, *badia*, abbaye, etc. Apenas puede citarse, y todavía en el antiguo francés, *li vesque*, por *li evesques*, que se decía también (*vesque*, habiendo sido formado por una influencia provenzal ó italiana: en provenzal, *vesque;* en italiano, *vescovo*).

En cuanto á la parte final de la palabra, me contento con notar esas particularidades: la terminación latina *ationem* viene á ser *aison; sationem*, saison; *venationem*, venaison; *orationem*, oraison; la final *sionem* ó tionem, se cambia generalmente en *son; mansionem*, maison; *potionem*, poison; *suspicionem*, soupçon, etc. La final *iculus*, *icula*, *iculum*, viene á ser *eil* ó *il*: *periculum*, péril; *vermículus*, vermeil; la final *alia* viene á ser *aille; animalia*, aumaille; la final *ilia* viene á ser *eille*, *mirabilia*, merveille; la final *aculum* viene á ser frecuentemente *ail; suspiraculum*, soupirail; algunas veces simplemente *acle; miraculum*, miracle. La final *arius* viene á ser *aire* ó *ier; contrarius*, contraire, primarius, premier. La final *aticus*, *aticum*, se espresa por *age; viaticum*, voyage. Las finales *enge*, *inge*, *onge*, vienen de *emia*, *imius*, *omia* ú *omnia; simius*, singe; *somniari*, songer. La doble *W* germánica, se convierte en *gu*: *guerre*, de werra. La *n* seguida de una *r* exige frecuentemente la intercalación de una *d*: *veneris dies*, *ven'ris dies*, vendredi; *ponere*, *pon're*, pondre.

LAS ALMAS DEL PURGATORIO

Novela escrita en francés

POR

PRÓSPERO MERIMÉE

y traducida para este periódico por el Lic.

DON MANUEL ECHEVERRIA.

Cicerón dice en alguna de sus obras, creo que en su tratado de la *Naturaleza de los Dioses*, que ha habido muchos Júpiteres—un Júpiter en Creta, otro en otras partes;—aunque no hay una ciudad de Grecia un poco célebre que no haya tenido su Júpiter. De todos esos Júpiteres se ha formado uno solo, á quien se atribuyen todas las aventuras de cada uno de sus homónimos. Así se explica la prodigiosa cantidad de buenas fortunas que se conceden á ese dios.

La misma confusión se ha verificado respecto de *Don Juan*, personaje que se aproxima á la celebridad de Júpiter. Sevilla sola posée muchos *don Juan*, sin contar los que han vivido ó viven en otras partes. Cada uno tenía su leyenda separada. Se han fundido en una sola.

Sin embargo, mirando de cerca, es fácil formar la parte de cada una, ó al menos distinguir á dos de sus héroes, á saber: don Juan Tenorio, que, como todos saben, ha sido llevado por una estatua de piedra, y don Juan de Marana, cuyo fin ha sido enteramente diferente.

Se refiere de igual manera la vida de uno y otro; sólo el desenlace los distingue. Hay para todos los gustos, como en las piezas de Ducir, que concluyen bien ó mal según la sensibilidad de las personas.

En cuanto á la verdad de esa historia ó de esas dos historias, es incontestable, y se ofendería el patriotismo de antecámara de los sevillanos, si se dudase de la existencia de esos tunos que han hecho sospechosa la genealogía de sus más nobles familias. Se muestra á los extranjeros la casa de don Juan Tenorio; y los amigos de las artes no han podido estar en Sevilla sin visitar la iglesia de la Caridad. Habrán visto en ella el sepulcro del caballero Marana, con esta inscripción dictada por su humildad, ó si se quiere, por su orgullo: "Aquí yace el peor hombre que existió en el mundo." No hay medio de dudar acerca de eso. Verdad es que después de haberos conducido á esos dos monumentos, vuestro guía os referirá cómo don Juan (no sabe cual) hizo proposiciones extrañas á la Giralda, esa figura de bronce que está sobre la torre morisca de la catedral, y cómo la Giralda las acepta;—cómo don Juan, paseándose animado por el vino, á la orilla izquierda del Guadalquivir, pide fuego á un hombre que pasaba por la orilla derecha fumando un cigarro, y cómo el brazo del fumador (que no era otro que el diablo en persona) se alarga tanto que atraviesa el río y presenta su cigarro á don Juan, que enciende el suyo sin fruncir las cejas y sin aprovechar la advertencia; tan endurecido estaba....

He tratado de dar á cada don Juan la parte que le toca de su fondo común de maldades y crímenes. Falto de mejor método, me he concretado á no referir del don Juan Marana, mi héroe, sino aventuras que no pertenecen por derecho de prescripción á don Juan Tenorio, tan conocido entre nosotros por las obras maestras de Molière y de Mozart.

El conde don Carlos Marana era uno de los señores más ricos y considerados que hubo en Sevilla. Su nacimiento era ilustre, y en la guerra contra los moros había probado que no había degenerado del valor de sus abuelos. Después de la sumisión de las Alpujarras, vuelve á Sevilla con una herida en la frente y un gran número de niños tomados á los infieles, que hizo bautizar, y que vendió ventajosamente á las casas cristianas. Sus heridas, que no le desfiguraban, no

le impidieron agradar á una señorita de buena familia, que le dió la preferencia entre gran número de pretendientes. De ese matrimonio nacieron desde luego muchas hijas, de las cuales unas casaron y otras abrazaron el claustro. Don Carlos Marana se desesperaba de no tener heredero de su nombre, cuando el nacimiento de un hijo vino á colmarle de gozo, y le hizo esperar que su antiguo mayorazgo no pasaría á una línea colateral.

Don Juan, ese hijo tan deseado, y el héroe de esta verídica historia, fue mimado por su padre y por su madre, como debía serlo el único heredero de un gran nombre y de una gran fortuna. Enteramente niño, era dueño poco después de sus acciones, y en el palacio de su padre nadie habría tenido el atrevimiento de contrariarle. Solamente, su madre quería que fuese devoto como ella; su padre quería que su hijo fuese valiente como él. Aquélla á fuerza de caricias y de golosinas, obligaba al niño á aprender las letanías, el rosario, en fin todas las oraciones obligatorias y no obligatorias. Su padre le enseñaba los romances del Cid y de Bernardo del Carpio, le contaba a insurrección de los moros, y le estimulaba á ejercitarse en arrojar el dardo, en tirar la ballesta ó el arcabuz contra un maniquí vestido de moro que había mandado construir en el extremo de su jardín.

Había en el oratorio de la condesa de Marana un cuadro, en el estilo duro y seco de Morales, que representaba los tormentos del purgatorio. Todos los géneros de suplicios que la imaginación del pintor había podido inventar se encontraban ahí representados con toda la exactitud que habrían podido dar los de la inquisición. Las almas del purgatorio estaban en una especie de caverna, arriba de la cual se veía un respiradero. Un ángel, colocado á la orilla de éste, tendía la mano á una alma que salía de la mansión de dolores, mientras que al lado de él, un hombre de edad, que tenía en sus manos juntas un rosario, parecía rezar con mucho fervor. Ese hombre era el donatario del cuadro, que lo había mandado hacer para una iglesia de Huesca. Los moros incendiaron la ciudad, la iglesia fue destruida; pero, por milagro, el cuadro se conservó. El conde Marana lo había traído, y adornaba el oratorio de su mujer. El chiquillo Juan, siempre que entraba á casa de su madre, permanecía largo tiempo inmóvil contemplando ese cuadro que á la vez le espantaba y cautivaba. Sobre todo, no podía apartar sus ojos de un hombre á quien una serpiente parecía roer las entrañas, suspendido como estaba sobre una parrilla ardiente, en medio de anzuelos de hierro, que le desgarraban las costillas. Volvía los ojos con ansiedad hacia el respiradero y parecía pedir al donatario oraciones que le salvasen de tantos sufrimientos. La condesa siempre explicaba á su hijo que ese desgraciado sufría aquel suplicio, porque no había sabido el catecismo, porque se había burlado de un sacerdote, ó porque se había distraído en la iglesia. El alma que volaba hácia el paraíso, era de un pariente de la familia de Marana, que sin duda tenía algunos pecadillos; pero el conde Marana había orado por ella, había dado mucho al clero para rescatarla del fuego y de los tormentos, y tenido la satisfacción de enviarla al paraíso sin darle tiempo de fastidiarse en el purgatorio.

—"Por tanto, Juanito, añadía la condesa, sufriré talvez un día como aquella, y permaneceré millones de años en el purgatorio si tú no piensas mandar decir misas para sacarme de él." Entonces el niño lloraba, ó si tenía algunos reales, se apresuraba á darlos al primer limosnero que encontraba pidiendo para las almas del purgatorio.

Si entraba en el gabinete de su padre, veía las corazas abolladas por las balas

de arcabuz, un casco que el conde Marana llevaba en el asalto de Almería, y que conservaba la señal de un hachazo de los musulmanes; lanzas, sables moriscos, es tandartes tomados á los infieles, decoraban ese apartamento.

—Esta cimitarra, decía el conde, la quité al cadí de Vejer, que me hirió tres veces antes de que yo le matase. Este estandarte lo llevaban los rebeldes de la montaña de Elvira. Venían de saquear un pueblo cristiano; acudí con veinte caballeros. Cuatro veces intenté penetrar en medio de sus batallones para quitar el estandarte, y cuatro veces fui rechazado. A la quinta, hice el signo de la cruz y exclamé: "¡Santiago!" y penetré en la línea de esos paganos. ¿Y ves ese cáliz de oro, que está sobre mis armas? Un alfaquí de los moros lo había robado en una iglesia donde había cometido mil horrores. Sus caballos habían comido cebada sobre el altar, y sus soldados habían votado los ornamentos de los santos. El alfaquí se servía de ese cáliz para beber sorbete. Le sorprendí en su tienda cuando llevaba á la boca el vaso sagrado.

Antes que hubiese dicho: "¡Alah!" y cuando el brevaje estaba todavía en su garganta, esta buena arma la enterré en la cabeza rapada de ese perro, y penetró hasta los dientes. El rey, para recordar esta santa venganza, me ha permitido llevar un cáliz de oro en mis armas. Te he dicho eso, Juanito, para que tú lo refieras á tus hijos, y sepan porqué tus armas no son exactamente las de tu abuelo, don Diego, que ves pintadas debajo de su retrato.

Dividido entre la guerra y la devoción, el niño pasaba sus días en fabricar pequeñas cruces, ó bien armado de un sable de madera lo esgrimía contra las calabazas de la hortaliza, cuya forma se parecía mucho, según él, á las cabezas de los moros cubiertas con sus turbantes.

A los diez y ocho años, don Juan explicaba bastante mal el latín, ayudaba muy bien misa, y manejaba el espetón ó la espada á dos manos, mejor que el Cid. Su padre, juzgando que un gentilhombre de la casa de Marana, debía adquirir otras habilidades más, resolvió enviarle á Salamanca. Los aprestos de viaje se hicieron inmediatamente. Su madre le dió rosarios, escapularios y medallas benditas. Le enseñó también muchas oraciones de gran recurso en una multitud de circunstancias de la vida. Don Carlos le dió una espada cuya empuñadura, incrustada de plata, estaba adornada con las armas de su familia y le dijo: "Hasta ahora has vivido con niños, y en adelante vivirás con hombres. Recuerda que el bien más precioso de un gentilhombre es su honor, y que el tuyo es el de los Maranas. Perezca el último vástago de esta casa, antes de que su honor sea mancillado! Toma esta espada, te defenderá si eres atacado. No seas el primero en sacarla, pero ten presente que tus antepasados jamás la han envainado sino después de estar vencedoros y vengados." Provisto así de armas espirituales y temporales, el descendiente de los Maranas monta á caballo y deja la mansión de sus padres.

La universidad de Salamanca estaba entonces en todo su esplendor. Sus estudiantes habían sido tan numerosos y sus profesores más doctos; pero tampoco, nunca las gentes del pueblo habían sufrido tantas insolencias de la juventud indisciplinada que residía ó más bien reinaba en su ciudad. Las serenatas, las cencerradas, toda especie de alboroto nocturno, tal era su vida ordinaria, cuya monotonía era de tiempo en tiempo variada por raptos de mujeres, por robos ó palizas. Don Juan, después de llegar á Salamanca, se ocupaba en remitir las cartas de recomendación á los amigos de su padre, en visitar á sus profesores, en recorrer las iglesias, y en que se le mostra-

ran las reliquias. Conforme á la voluntad de su padre, remitió á uno de los profesores una suma bastante considerable, para que fuese distribuida entre los estudiantes pobres. Esa liberalidad tuvo el mejor éxito y le proporcionó desde luego numerosos amigos.

Don Juan tenía mucho deseo de aprender. Se proponía oir como palabras del evangelio todo lo que saliera de la boca de sus profesores, y para no perder nada quiso colocarse lo más cerca posible de la cátedra. Cuando entró á la sala donde debía darse la lección, vió que un lugar estaba vacío y tan cerca del profesor como él hubiera podido desearlo. Se sentó ahí. Un estudiante sucio, mal peinado, vestido de andrajos, como hay tantos en las universidades, separó un instante los ojos de su libro para fijarlos en don Juan, con un aire de sorpresa estúpida. "Os colocáis en ese sitio, dice con un tono casi asustado, ignoráis que ahí se sienta ordinariamente don García Navarro?"

Don Juan respondió que siempre había oído decir que los lugares correspondían al primer ocupante, y que encontrando aquél vacío creía poder tomarlo, sobre todo si el señor García no había encargado á su vecino guardarlo.

"Sois extranjero aquí por lo que veo, dijo el estudiante, y recién llegado, puesto que no conocéis á Don García. Sabed, pues, que es uno de los hombres más.... Aquí el estudiante baja la voz, y parece temer ser oído de los demás. "Don García es un hombre terrible. Desgraciado quien le ofenda! Tiene la paciencia corta y la espada larga, y estad seguro de que si alguno se sienta en un lugar donde don García se ha sentado dos veces, eso es bastante para una querella, porque es fuerte, quisquilloso y susceptible. Cuando pelea, hiere, y cuando hiere, mata. Ahora pues, os he advertido; haréis lo que mejor os parezca."

Don Juan encontraba muy extraordinario que ese don García pretendiese reservarse los mejores lugares sin tomarse la pena de ganarlos por su exactitud.

Al mismo tiempo veía que muchos estudiantes tenían los ojos sobre él, y sentía mucha mortificación de dejar el sitio en que se había sentado. Por otra parte, temía tener un desagrado al llegar, y sobre todo con un hombre tan peligroso como parecía serlo don García. Estaba en esa perplejidad, no sabiendo qué hacer, y permanecía maquinalmente en el mismo sitio, cuando un estudiante entra y va hacia él. "Hé aquí á don García," le dijo su vecino.

Ese don García era un joven ancho de espaldas, airoso, trigueño, de ojos atrevidos y de boca despreciativa. Tenía un jubón que pudo ser negro, y un manto agujereado; encima de todo eso pendía una larga cadena de oro. Se sabe que en todo tiempo los estudiantes de Salamanca y de las demás universidades de España han tenido una especie de punto de honor en parecer desarrapados, queriendo probablemente mostrar así que el verdadero mérito no tiene necesidad de adornos prestados á la fortuna.

Don García se aproxima al banco donde don Juan estaba sentado, y saludándole con mucha cortesía: "Señor estudiante, dice, estáis reciénvenido, y sin embargo, vuestro nombre me es muy conocido. Nuestros padres han sido grandes amigos, y si queréis permitirlo, sus hijos no lo serán menos." Hablando así, tendió la mano á don Juan con el aire más cordial. Don Juan, que esperaba otra cosa, recibió con mucho agrado la urbanidad de don García, y le respondió que se tendría por muy honrado con la amistad de un caballero como él.

"Todavía no conocéis Salamanca, dijo don García; si tenéis á bien aceptarme por vuestro guía, me será muy agradable haceros verlo todo, desde el cedro hasta

el hisopo en el país donde vais á vivir." En seguida, dirigiéndose al estudiante que estaba al lado de don Juan: "Vamos, Perico, quítate de ahí. Crees que un sopenco como tú debe hacer compañía al señor don Juan Marana?" Diciendo eso, le retiró duramente, y se colocó en su lugar.

Cuando concluyó la lección, don García dió su dirección á su nuevo amigo é hizo que le permitiese ir á verle. Después, dándole la mano con un aire gracioso y familiar, salió enbozándose con donaire en su manto remendado.

Don Juan, con sus libros bajo el brazo, se había detenido en una galería del colegio para examinar las antiguas inscripciones de las paredes, cuando observa que el estudiante que le había desde luego hablado se aproximaba como si quisiese examinar los mismos objetos. Don Juan, después de haberle hecho una indicación de cabeza para mostrarle que le reconocía, se disponía á salir; pero el estudiante le detiene. Señor don Juan, dice, si no vais precisado, tendríais la bondad de concederme un momento de conversación? Con mucho gusto, respondió don Juan, y se apoyó en una pilastra; os escucho. Perico mira á todos lados con aire de inquietud, como si temiese ser observado, y se aproxima á don Juan para hablarle al oído, lo que parecía una precaución inútil, porque no había nadie sino únicamente los dos en la vasta galería gótica donde se encontraban. Después de un momento de silencio: —"Podríais decirme, señor don Juan, pregunta el estudiante en voz baja y casi temblorosa, podríais decirme si vuestro padre realmente ha conocido al padre de don García Navarro?

Don Juan hizo un movimiento de sorpresa.—Vos habéis oído á don García decirlo.

—Sí, respondió el estudiante, bajando todavía más la voz; pero en fin, habéis oído decir á vuestro padre que conociese al señor Navarro?

—Sí, sin duda; y estuvo con él en la guerra contra los moros.

—Muy bien; pero le habéis oído decir que ese gentilhombre tuviese..un hijo?

—A la verdad, jamás he puesto mucha atención en lo que mi padre podía decirme de eso.... Pero á qué vienen esas preguntas? Don García no es el hijo del señor Navarro?.... Será bastardo?

—Pongo al cielo por testigo de no haber dicho nada semejante, exclama el estudiante aterrado, mirando atrás de la pilastra en que estaba apoyado don Juan; quiero preguntaros solamente si teneis conocimiento de una historia extraña que muchas gentes refieren acerca de ese don García.

—No sé una palabra de ella.

—Se dice.... notad bien que no hago más que repetir lo que he oído decir.... se dice que don Diego Navarro tenía un hijo que á la edad de seis ó siete años, cayó enfermo de una enfermedad grave y tan rara, que los médicos no sabían que remedio aplicar. El padre, que no tenía otro hijo, envió numerosas ofrendas á muchas capillas, hizo tocar reliquias al enfermo y todo en vano. Desesperado, dijo un día, se me ha asegurado.... mirando una imagen de San Miguel: Puesto que no puedes salvar á mi hijo, quiero ver si el que tienes bajo los piés tiene más poder.

—Era una blasfemia abominable! exclama don Juan, escandalizado hasta el último punto.

—Poco después el niño sanó.... y ese niño.... era don García!

[Se continuará]

TIPOGRAFIA * * * *

ENCUADERNACION

EL MODELO

MANUFACTURA DE

LIBROS EN BLANCO

10a Calle Poniente No. 29 (Calle del Hospital).

GUATEMALA C. A.

Especialidades de

Estereotipia y gran variedad de grabados,
Libros en blanco y papel rayado

Memorias, cuadros y trabajos estadísticos
Obras de texto, matemáticas y folletos
Diseños, etiquetas, tarjetas é invitaciones
Encuadernaciones de lujo y á la rústica
Libranzas, giros y libros talonarios
Ordenes con prontitud y esmero

Tarjetas de año nuevo y visita
Impresiones y encuadernación
Pieles, pergaminos y papelería
Obras artísticas y ordinarias
Geografías, gramáticas y libros de lectura
Recibos, recetarios, memorandums
Aritméticas, álgebras, geometrías
Facturas, encabezamientos, sobres
Indices, diarios y libros mayores
A vapor se hace todo trabajo en la

Calle del Hospital No. 29

¡DESCUBRIMIENTO MARAVILLOSO!

LAS BATERIAS MAGNETICO-GALVANICAS

DE RICHARDSON

EL TRIUNFO

mas completo de la medicina y de la ciencia en el siglo XIX.

LA SANGRE ES LA VIDA.

El dibujo representa el tamaño exacto de la Batería.

Al ínfimo precio de $ 2 cada una!

Casi todas las enfermedades, se curan radicalmente por

LA BATERIA

de RICHARDSON.

Como los relámpagos purifican el aire así purifica á la sangre la electricidad.

En el momento en que la BATERIA DE RICHARDSON toca el cuerpo, centenares de nervios y músculos pequeños responden á su acción. Alivia los dolores, fortalece las partes débiles y enfermas, y extirpa todo el veneno de la sangre.

¡¡ SE ACABARON LOS FRIOS E INTERMITENTES !!

Estimula los órganos vitales obligando al hígado á secretar bílis más sana y por consiguiente resulta una digestión más perfecta, evitándose el dañamiento de la sangre.—UNA VEZ PURA LA SANGRE, DESAPARECEN LAS ENFERMEDADES. SANO EL HIGADO SERÁ PURA LA SANGRE Y LA SANGRE PURA CURARÁ TODAS LAS ENFERMEDADES CURABLES.

De venta en la

FARMACIA "GRAN CENTRO."

Para pedidos por mayor pueden dirigirse á

RICHARDSON Y Cia.,

10a. Calle Poniente número 31.—GUATEMALA.

DROGUERIA Y FARMACIA

DE

R. AVILA E.

Especialidad en el Despacho de Recetas,

PARA LAS QUE EMPLEA

Escrupuloso Esmero y Sustancias previamente Analizadas.

Ha merecido siempre los mas honrosos informes de la Facultad de Medicina y las recomendaciones desinteresadas de los mejores Médicos.

SIN IGUAL EN BARATURA.

GUATEMALA.

EMPORIO DE LUZ.

Este es el sólo establecimiento de su clase en Centro-América donde las personas de gusto pueden pasar agradablemente algunos momentos contemplando las maravillas y curiosidades de la

GALERIA DE BELLAS ARTES

provista de un surtido variado y finísimo de Candelabros, Estátuas, Pinturas al Oleo, Acuarelas, Relojes de todas clases, etc., etc.

La persona que deseé hacer regalos encontrará en nuestra

Galería de Bellas Artes

ELEGANCIA, NOVEDAD, Y BARATURA SIN IGUAL.

WALTER C. LAMBERT.